

ce en mis gustos, en mis dichas y en mis felicidades, quiera Dios que lo purgue en esta desdicha donde estoy metido? A lo menos yo así lo creo; pues aquí donde, con faltarme la libertad, digo que me falta todo, y donde dicen mis contrarios que me tienen quitado el poder que antes tenía,—me consuelo con el mismo poder poco, porque sin embargo puedo amar mucho á Dios.

Porque no me quejo, y porque á todo callo, juzgan no tengo poder, y sí culpa. ¡Simple y ignorantísimo discurrir! ¿Ignoran que á veces el callar mucho puede dar más considerable valor; pues no es callar por no poder, sino una intermision para discurrir? Además que entonces salen más fuertes y violentas las aguas, cuando por represadas han estado algun tiempo quietas. No es ceder por flaqueza el triunfo el dilatar el acometimiento para prevenirse; antes bien puede proporcionar la victoria una prudente prevencion, mejor que una reflexionada embestida. Las obras grandes quieren para ejecutarse dos cosas, que son: tiempo y talento; aquel para pensar, y este para proceder. Una sin otra no sirven; y esto me sucede á mí, porque, ¿qué importa que tenga tiempo tan dilatado para discurrir, si me falta talento para ejecutar? Con todo, no tardó mucho la dicha, si llegó al fin; y en todo caso, y hablando á lo divino, ¿quién duda (á no tener tan embotada la inteligencia, que absolutamente no conozca la razon) que mi propio callar puede producir mi merecer? Treinta años estuvo Cristo en silencio, y no mereció menos que el día que padeció tan rigurosos tormentos, y los tres años que predicó. Más importa castigar á la voluntad que no afligir al cuerpo; esto último hacen conmigo. Pero si consigo lo primero, ¿para qué quiero más dicha? Más á lo humano, ¿por qué, ó faltos de las leyes de la prudencia, ó preocupados en solo herirme, no han de conocer que una pequeña rémora es capaz de detener á un gran navío; y menos que conviene muchas veces ser uno castigado sin haber cometido delito para ello, para poder hacer cosas grandes contra los mismos que le persiguen? No es doctrina mía; el mismo Cristo la enseña, diciendo: «Teme al que castigues sin justicia, por pequeño que sea, pues de aquel mismo castigo haré pueda el castigado buscarte tu ruina.»

No sé verdaderamente cómo no confunde esta tremenda sentencia á los que obran contra ella; pero reconozco que ignoran algunos que así proceden, todos los preceptos de nuestra sagrada religion. No es mucho no sepan las sentencias fortísimas de nuestra vida, Cristo; y aun pensarán que esta misma ignorancia les servirá de disculpa en el más tremendo tribunal.

¡Desdichados dellos, por más que acá se miren sobre el alto sólio de la felicidad, que cuando esta acabe por faltar sus vidas, empezarán á experimentar las eternas muertes de sus almas! Entonces verán lo mal que hicieron, en el bien que dejaron de hacer; verán que los que acá persiguieron los elevaron á la gloria, porque son bienaventurados los perseguidos por la justicia; y verán, en fin, que si tuvieron un rey que les toleró sus excesos, hay allí un gran Dios que castiga sus maldades; conocerán lo mal que obraron, pero les servirá de mayor tormento ver que ya se fué el tiempo en que pudieron enmendarse. Buen provecho les hagan

sus venganzas; que si los que las padecemos las sufrimos, del mismo castigo que nos proporcionan logramos la felicidad, que no pueden quitarnos; que tal vez, y sin tal vez, no podrán conseguir ellos.

En otra parte dice el mismo Señor: «Con la vara que midas serás medido.» Lo mismo expresa esta que la otra sentencia, y quizá me detenga á explicar cómo se concretan, en otra ocasion. La lástima es, que siendo tan claros y patentes sus sentidos, ó se desvian de su observancia los hombres, ó tergiversándolos con interpretaciones distintas, adopta cada uno aquella que más se adapta á los delitos que ejecuta; buscan auxilios para ocultar sus maldades, huyendo del divino, que solo dirige á ejecutar las virtudes. ¡Valiente simpleza sin duda, dejar el paso seguro del puente, y buscar en el rio furioso el peligro!

Ello es constante que á muchos da la fortuna todo su imperio, pero á pocos satisface todos sus deseos. Sea única prueba desta verdad el que me castiga: todos lo conocen, porque sus obras lo han hecho conocer de todos; por esto no le nombro, pues aun para decir su nombre hay que hacer un monton de cruces. ¡En qué altura no está! ¡Qué despotismo no tiene! Parece no puede llegar á mayor. Pues aun tiene (y tendrá mientras viva) que desear. La libertad que Dios me dió, llegó á discurrir era notable impedimento para disfrutar tranquilo sus felicidades; no gozaba estas con desembarazo, en el intermedio que yo gozase de aquella: por lo mismo deseaba ansioso quitármela. Aun el sueño le era cruel verdugo, pues con ese continuo sobresalto no le tenia con sosiego. Productos todos de un ánimo vengativo y inhumano, efectos de la misma culpa, de la traicion con que vive. Pues ¿cómo ha de servir de impedimento el zagal al pastor, si este no quisiese obrar mal, y temiese que, ó aquel lo resistiera, ó á lo menos lo haga público, cuando no pueda otra cosa?

Determinó, en fin, descansar en tan tremenda lucha, quitándome de la presencia de sus glorias (si merecen este nombre las que en realidad son infierno), como el más duro estorbo dellas. Echó para esto mano del poder, no de la justicia, porque esta impone la pena al culpado, dejando como corresponde al inocente. Sin embargo, aparentó no la habia ejercido mejor nunca que entonces; y dijo bien, pues esto, solo fué una venganza contra un hombre honrado, y él solo ha hecho en toda su vida traiciones y maldades contra todo el reino. Quedó últimamente libre deste embarazo, haciéndome el triste objeto de sus furias. Y para más avivarlas, reflexionaba, y él mismo se ponía delante de su consideracion, era yo el que más oscurecia sus triunfos, por haber sido el más constante en declamar contra sus vicios; de cuya rabiosa conferencia, que él y su malicia tenían, salía más emponzoñado el ánimo y más pertinaz y cruel la intencion.

Y ¿acaso porque haya quedado libre y desembarazado del impedimento que en mi persona se figuraba tener para el goce de sus dichas, dirémos que ya no tendrá otro de semejante y aun de peor naturaleza? No seré yo quien lo asegure, pero sí que cada momento le producirá estos disgustos, porque cada instante tendrá materia donde ejecutar sus monstruosidades.

No se debe esperar otra cosa del ánimo cobarde y

nada justo: siendo lo primero recelar que el más pequeño puede separarlo de la privanza, haciendo públicos sus defectos, ó de la vida, para quitar deste modo un mal ministro al reino; y siendo lo segundo traicion ú batalla, valiéndose de la autoridad que le dió su dicha, más que sus merecimientos.

La satisfaccion que toma el grande, siendo cobarde, de la ofensa que supone le hace el noble, nunca será con la espada, sino con la vileza; no á fuerza de lo que influye el espíritu al que lo tiene, sino con lo que dicte la villanía y la traicion. Es hasta donde puede llegar la ignorancia y la cobardía: pues con aquello que presume lo deja satisfecho, viene á quedar sin comparacion más desairado. Una de dos: ó no te des por entendido de que sabes el agravio, ó procura lavar lo por honrados medios con la sangre del que te ofendió; que entonces quedarás con honor, cuando por volver por él quedas muerto en la campaña: pues más vale morir como valiente que vivir como pusilánime; que aquello es siempre crédito de la reputacion, cuando esto no pasa de ser borron de la honra.

Consejo es este que daba Petronio á su hijo Dentulo, y es consejo que debian tomarlo todos los que se precian de respirar solo honor. Pero es tan al contrario, que aun tomando la determinacion de satisfacerse por sus manos el cobarde y temeroso, no lo hace en aquellos términos, si no permisibles, á lo menos honrosos, sino á los infames precetos que influye la traicion, y más que como grande, como asesino. A estos los corrige ó vitupera (que es lo más cierto) Catulo diciendo: «El morir no es delito, aunque es pena; lo que es delito es morir con culpas, dejando mal nombre en el mundo de lo que en él se hubo vivido.»

En consecuencia desta tan verdadera doctrina, ¿cómo ha de dejar buen nombre en el mundo aquel á quien los buenos tienen por malo? Lo cierto es que sus propias alabanzas serán siempre sus mayores vituperios, porque, como oidas en las bocas de los que son como él, solo se harán dignas del desprecio.

En efecto, amigo mio; como vuesa merced lo es tan mio en la realidad, más que en el nombre, no quiero privarle el consuelo que le ha de causar saber que espero á costa de poco tiempo salir de aquí; en esto dejo ya dicho que con el honor que me corresponde, porque de otro modo no saldria. Bien contemplo dirá vuesa merced es grande la batalla que me espera, poderoso el enemigo que me aguarda, y por lo mismo dificultoso el lauro que solicito. Pues sepa vuesa merced que esa misma dificultad, ese propio poder poco, y estos méritos de atrevido, vendrán á ser los elogios de mi inocencia, las glorias de mi inculpabilidad y las prodigiosas visperas de mi triunfo; siendo todos estos títulos tan recomendables, que me darán más blason con solo comprender tanta victoria, que mi enemigo en alcanzarla; pues no es corona la que con facilidad se consigue. Entrar en la pelea con más premisas de victorioso que con dudas de vencido, por la pequeñez del contrario, no es varonil accion del que vence, sino poquedad del que es vencido. Hasta lo débil de una arista nos enseña á constancia: no se abate con señal de rendida á todo viento, es necesario lo experimentar furioso para que se sujete. Grande afrenta es por cierto de un noble, darse por vencido de la fortu-

na. Haya vanidad de constantes, y presuncion de invencibles; que así hasta los mismos enemigos tendrán tanto que admirar como que aprender, porque la misma resistencia, ú les ha de apurar el enojo, ú les ha de consumir las vidas. No hay cosa que más heroicamente merezca repetidas alabanzas que la paciencia á los repetidos choques del contrario: porque este, viéndose despreciado en el poder, y mirándose sin respeto en el rigor, toca en los límites de la desesperacion, y viene á ser el verdugo de su vida.

Para que con más facilidad se consiga mi intencion, es indispensable se emplee vuesa merced con toda actividad en lo que diré; porque, mientras más se quiere conocer al tirano, está más léjos de conocerse; pues es tal la tiranía, que cada instante reproduce crueldades nuevas, con las que desfigura el concetto que se habia formado con las pasadas. El odio tiene tan poco recato, que se conoce á corto exámen, porque siendo en realidad un efecto formidable de la venganza, no permite que sea tan cauto el que lo posee, que por más que afecte, pueda disimularlo: como es fuego que está brotando llamas del espíritu, por los ojos arroja su abrasado humor, encendido, en lo que mira; por la boca sacude todo el material, irritado, en lo que habla; y por las acciones se aviva más, en lo que hace. Y acciones y boca y ojos, así como aspiran con ira á construir un triste espectáculo de lo mismo que aborrecen, así tambien manifiestan indeliberadamente lo más recóndito de su aborrecimiento. Conocer este, y lo que declama y fabrica contra mí, es lo que pongo al cuidado de vuesa merced; pues estando tan inmediato á quien me lo profesa, y en él tan viva como secreta nuestra correspondencia, no es asunto cuyo logro merezca el nombre de imposible. Su entendimiento de vuesa merced le administrará para entrar en la materia algunas expresiones y voces referentes á mí, que parezcan originadas del acaso, y sean verdaderamente nacidas de la prevencion.

Hecho esto en aquellos términos que á vuesa merced dicte su alta prudencia y profunda comprension, me comunicará inmediatamente sus resultados, por adversas que sean; en la seguridad de que ni alborotará el ánimo el sentimiento con la desazon, ni alucinará la voluntad al entendimiento con el deseo de la venganza, ni claudicará la razon á vista de la crueldad: porque, como ya enseñado á vivir contra los adversos movimientos de la fortuna, y á estar tan consolado entre las miserias de la desgracia, como pudiera entre las felicidades de la dicha,—sé que haciendo rostro á los trabajos y congeniándose con ellos, no causan novedad en el espíritu; antes bien parece tardan en llegar, segun la indiferencia con que á ellos y á las dichas se reciben. Nada aflige y atormenta un pecho labrado ya con grandes golpes, del mismo modo se presenta para lo próspero como para lo adverso; no hace distinto semblante á los avisos felices que á las noticias infaustas. Doctrina es esta de los sábios; y aunque yo no lo sea, quiero á lo menos seguirlos en este documento, por la cuenta que me tiene; que no es menos que la de no procurar ser homicida de mí mismo, pues no es otra cosa aquel que se entrega tanto á sentir su desdicha, que da en la mayor, que es la desesperacion. Ni esto es tampoco deseo de vivir mucho, sino incli-

nación á no morir de miedo, ó cuando quieran los que me persiguen, sino cuando tenga el cielo decretado.

Lo que más encargo á vuesamerced es, procure hacer este escrutinio, no vindicándome en obras ni en palabras, sino abultando hasta lo más alto mis delitos, y dando por temerarias mis acciones. Desta manera se puede fácilmente conseguir el fin, porque de nada gusta más el oído del enemigo, que de oír todo lo que sea contra aquello que aborrece; insensiblemente se satisface, y sin reparo publica lo mismo que tiene escondido en su dañada intencion. Por lo mismo, dice Séneca, no hay cosa más fácil de descubrirse que lo que medita el hombre contra el que quiere mal, si deste nunca le hablan bien; porque en este mismo hecho se persuade es también enemigo del que él es contrario aquel que igualmente lo vitupera; y con esta comprension vierte la ponzoña de su pecho, sin reparar en si puede ser engaño lo que oyó.

Este es un punto muy importante para la observacion cumplida de lo que encargo á vuesamerced; porque, de lo contrario (esto es hablando vuesamerced de mí como le dictase su amistad), despues de no conseguirse el fin, se exponia vuesamerced á darme más que padecer, porque precisamente habia de resultar á vuesamerced que sentir.

Hágase alguna vez triaca del veneno, ya que tantas se reduce por ánimos crueles y vengativos á veneno la triaca. Ni será vuesamerced el primero que se introdujo tan oficiosa como cautelosamente al bando del contrario de su amigo, dando lecciones contra este, que producía el odio supuesto por la voz del verdadero amor, para descubrir á fondo los pensamientos y las más pequeñas intenciones de aquel; ni yo tampoco seré el primero que lo persuada ejecutar.

No temió David que su hijo Absalon tomase contra él las armas, hasta que supo lo dirigía y gobernaba Achitofel. Conoció muy bien el Profeta-Rey que las instrucciones que este le daría á aquel desgraciado príncipe, no serian otras que las que le dictase el horror que á su verdadero señor y legítimo rey profesaba; y uniéndose á este su astucia, sus ardidés y sus máximas, tan conocidas como depravadas, se contemplaba en gran peligro. Mas, como Dios no deja en ellos á los suyos, y no sin castigo á los insolentes y tiranos, dispuso hallase David remedio en Chusi, su consejero, tan gran político como buen vasallo, y tan entendido como animoso. Mandóle (si acaso no fué súplica, que hasta la majestad mendiga el favor del vasallo cuando se ve en tormenta) que, sin perder instante de tiempo, procurase introducirse con Absalon, rebatir animosa y discretamente los furiosos dictámenes, consejos y persuasiones de Achitofel (que era lo que más importaba, por ser lo que David más temía), y darle prontos avisos de cuanto ocurriese, para su gobierno. Todo lo ejecutó Chusi con tanto acuerdo, que persuadiendo á Absalon contra su padre, dió á este la victoria en la decisiva batalla, muriendo aquel en ella desgraciadamente.

A no ser por la diferencia de las personas y de los asuntos, se podia formar arreglado cotejo entre este y nuestro caso; pero, no obstante, tienen pasajes sumamente parecidos. David se veía sin razon perseguido

(nunca la hay para que lo sea un rey de sus vasallos); yo me veo sin causa atropellado y preso. Si era perseguido de Achitofel y temia sus irritados consejos, ni es menos la aversion injusta que otro Achitofel me tiene, ni serán mejores sus influjos. Si aquel era grande y privado, grande es este y valido. Solo en Chusi, su consejero, halló reparo, y solo en vuesamerced, que es mi amigo, aguardo remedio. Sea vuesamerced esta vez Chusi, que quizá en decisiva batalla venceremos á ese Achitofel; y cuando nada se consiga, sería gran necedad, si no hiciera virtud de lo que ha de ser precision, y mayor si temiese lo que no se puede evitar. Gran remedio puede ser para el infeliz, pensar siempre mal de la fortuna, porque así no le hallarán nunca desprevénido las desgracias; con lo que se logra hacerlas menos sensibles, ya que no remediabiles. Aprender en el libro de lo pasado las lecciones para lo presente; es adornarse de prevenciones para lo futuro; y deste modo, ni las dichas sobrecojen ni los pesares afligen: entonces sale más airoso el sol, cuando venció las nubes que á sus rayos se opusieron. No es más que aprender á ser dichoso el que empieza á ser desgraciado, porque de aquella misma desdicha recoge las experiencias y los sufrimientos que en la prosperidad le faltaban, y le servirán de más grande felicidad cuando llegue á poseerla. Y en efecto, si cuanto bebemos en este mundo es amargura, y cuanto tocamos adversidad, ¿quién podrá ser tan insensato, que confie en las glorias, y tenga como verdaderas sus aparentes dichas? No es mas que una comedia cuanto nos representa: sus mutaciones elevan á una persona en la primera jornada; y á la segunda se ve abatida, para que en la tercera lleguen otras á verse encumbradas. Así va engañando á todos, sin contentar á ninguno, y así llega el último plazo, en que la guadaña da el último y más cierto golpe, siendo lastimoso al que por estar, en el papel que le tocó hacer, preocupado, se halla de la memoria de la cuenta desprevénido.

Ningun nombre de cuantos al hombre han dado los antiguos y modernos filósofos me gusta tanto como los que le dió Epicteto; ó ya por lo mucho que dicen, ó ya por lo poco que él habla, para decirlo: llámalo luz puesta al aire, fábula de calamidades y esclavo de la muerte.

Gran volumen me atreva á formar para comentar estos tres títulos. No me entregaré á esta tarea, por tener otras más precisas en que emplearme; pues estando preso, dicho se está lo mucho que tendré que hacer; que no hay quien trabaje más á todas horas que aquel á quien sin razon (ó ya sea con ella) tienen quitada la libertad. Pero vea vuesamerced de paso qué nombre tan propio del hombre: «Luz puesta al aire!» No solo debe entenderse al de este elemento, sino también al de los mismos prójimos. Unos quieren avivarla, al paso que otros consumirla; cuando unos la favorecen, otros la persiguen; unos solicitan verla arder, otros aspiran á quitarla su lucir; unos imposibilitan sus resplandores, otros dan nuevo aliento á sus rayos. Aquel la tira, este la levanta, el otro la precipita; y en fin, siendo todo diferencias, todo opuestas inclinaciones, todo extremos, y nada seguridades, entre todos la consumen y la apagan. ¡Oh símbolo verdadero de la

vida humana! ¡Oh jeroglífico precioso del hombre! todo pantanos, todo adversidades, todo enemigos; y aun hasta en las mismas dichas, todo tropiezos, tristezas, desgracias, golpes y afanes. Por esto lo llama «fábula de calamidades», porque todas lo son en esta vida, por más que vengan cubiertas con aparentes luces de felicidad, pues á todas consume al fin la muerte; ya se ve, como «esclavo que es el hombre de ella». Y ¿que siendo esta una verdad de las más conocidas, no quieran muchos hombres creerla; que con tan infinito número de experiencias lleguen á acreditarlo?

Pues crean, aunque no quieran creerlo, que han de morir, y que solo sirve para lograr buena muerte no haber tenido mala vida; pues siéndolo, aquella será eterna, sin que sirva de efugio aquel que buscan los temerarios, los perdidos y los insolentes. Dicen estos que para todo da Dios tiempo; que los ardores y efectos de la mocedad se lavan con un *pequé* en la senectud. Proposicion escandalosa y mal sonante, pues no respira otra cosa que una necia confianza de coger sin haber sembrado. Sea la vida mala por ser todas sus operaciones pecaminosas; que no se niega que aquel *pequé*, expresado en todas las condiciones y requisitos que le corresponde, es apto para limpiar todas las culpas; pero ¿saben los ignorantes que prorumpen en aquella desatinada proposicion, si tendrán tiempo para decirlo? ¿Les consta que las muertes repentinas no pueden cogerlos? ¿Saben si, aunque mueran en sus lechos, estarán sus entendimientos tan despejados, que puedan conocer en el peligro en que están sus vidas y sus almas, y pronunciar debidamente el *pequé*? Y ¿saben últimamente si aun cuando lo digan, será como se debe, y de modo que, ya que no sea contricion, llegue á ser atricion? ¡Oh simples, desviados enteramente del camino de la perfeccion, y entregados en todo en los brutos brazos de los vicios! San Pablo los aconseja, por más que no quieren observar sus avisos: «Vivid (dice el Apóstol) como quisierais morir.» Y san Jerónimo dice «que se haga en la vida aquello que se quisiere hacer en la hora de la muerte».

Estampo todas estas prudentes consideraciones para persuadir á vuesamerced á que crea que lo presentes que las tengo, me hace vivir tan entregado á ellas, que á no ser por mostrarme ingrato á los que me favorecen y la desean más que yo, no me acordara de mi libertad, porque me ha causado tanto provecho este golpe, que me ha hecho conocer verdaderamente el mundo. Lo que no disfruté en sus felicidades, he conseguido en mis miserias; porque los abrojos abren los ojos, y de las propias desdichas se recogen experiencias; pues así como los golpes del martillo, cuando parece que destruyen el clavo es cuando más le afirman, así también los trabajos del mundo, cuando se discurre matan, enseñan. Por este conocimiento, ni ha podido aquí turbarme la carencia de sus glorias, ni desmentirme de la experiencia tan completa de sus engaños; habiendo conseguido con aquella hacer del tanto aprecio como el que hizo él de Cristo, pues viniendo á redimirlo, no tuvo quietud ni aliento sin sobresalto hasta crucificarlo. El recibirlo en Jerusalem con palmas, fué vispera de prenderlo en Getsemaní con odio, de injuriarlo en casa de Anás con rigor, y de ponerlo en el Calvario en una cruz con complacencia. ¡Oh enemigo tirano!

no puedo distinguir, según lo olvidado que estoy de tí, si me han hecho dejarte, ó si te he dejado de mi propia voluntad; y como es grande cordura perder la memoria de aquello que se perdió la afición, cada día procuro aborrecerme más, para que cada instante no deje de olvidarte menos. Ansiosamente solicito hacerme á mí mismo creer que aquí donde puedo decir que vivo (por más que publiquen muchos es adonde muero), no tiene tu tiranía, ¡oh mundo! dominio, ni tus asechanzas jurisdiccion; porque desta suerte, sordo á tus influjos, remiso á tus persuasiones, y constante en resistir tus llamamientos, aunque me tienes vencido, vendré á estar sobre tí elevado. Desprecio con horror tus glorias, aborrezco con enojo tus diversiones, y abomino con ansia tus deleites, porque sé que todo es veneno disfrazado, traicion en traje de beneficio, engaño sin parecerlo, muerte con apariencias de vida, letargo del entendimiento, embarazo de la virtud, estrado del vicio, imperio de la maldad, enfermedad del cuerpo, y en fin, lastimosa muerte del alma.

Para secar un arroyo se ha de quitar precisamente el agua de la fuente que le alimenta; y para que los vástagos no broten, es lo mejor arrancar la cepa. No hay medio más poderoso y eficaz para librarse de las traiciones, engaños y maldades del mundo, como creer que en él no se vive, como pensar que es nuestro mayor enemigo, como discurrir que sus caricias son para proporcionar nuestras mayores desgracias, y como reflexionar que cuando nos convida con halagos, mata con desventuras; cuando nos incita á sus glorias, nos prepara sus precipicios; cuando nos sube á sus dignidades, es para abatirnos en sus senos; y en fin, que cuando nos alaba, nos vitupera; y cuando nos ensalza, nos abate.

Con estas contemplaciones se puede quitar de la humana afición la agua nociva que vierte, y arrancar del pecho el amor que se le tenga, por más que como antigua cepa, hubiesen en él criado formidables raíces. No está fuera de peligro quien está tan todo en el mundo, que no está nada en sí, y menos en Dios; y el Espíritu Santo nos intima que perecerá en el peligro el que le ame.

Reflexione vuesamerced, amigo mio, que no dice que el que está en el peligro, ó el que en él se pone, sino el que quiere ponerse; que esto es amarle. Y confieso no sabría dar la solucion verdadera á esta duda, á no hallarla como suya en san Agustín, pues dice: «El que está en el peligro, ó en él se pone, puede ser tal vez por no conocerlo; y si conocido no lo deja, ya es amarle, y no tiene disculpa.» Que es hasta donde puede llegar la torpeza de los hombres. ¡Buen modo es este de observar lo que enseña san Pablo! pues no solo quiere huyamos del peligro de ser malos, sino que nos guardemos de lo que no edifica, por licito que sea. Y el melifluido Bernardo dice: «Los santos no solo se contentaron con hacer lo bueno, sino que siempre aspiraron á lo mejor.» ¡Oh infelice siglo el presente, donde no lo mejor, no lo bueno, sino lo malo, lo malísimo y lo pésimo, ni causa horror ni se registra con tedio! A la tiranía se llama espíritu; á la ambicion, gloria de adquirir fama; al mal gobierno, benignidad del ministro; á la desolacion de los pueblos con tantos impuestos y donativos, soberanas providencias; á la ani-

quilacion de los vasallos, reputacion de la corona; y en fin, á la avaricia, necesidad; á la hipocresía, virtud; á la estafa, precision; y á la injuria, entretenimiento. Y esto ¿quién lo causa? Un privado. Y ¿quién lo tolera? Un monarca. Infeliz siglo, repito, y infelicísimo reino, si no llega la tan grande como real comprension del Rey á penetrar, y manifestarlo con el remedio, que es su verdugo su valido.

Pero, llegando ya á lo que á vuesamerced tengo en el título desta prometido, y hasta aquí solo en bosquejo declarado, digo que la causa de mi prision no es la que se me atribuye, sino otra de más mala naturaleza y de peores circunstancias; y por lo mismo, me hace acreedor á más severo castigo. No temo á este, pero siento haber dado motivo para merecerlo; siento solo haber ofendido á quien es dignísimo de ser adorado; siento solo que haya podido más la destemplanza de mis apetitos que la contemplacion de mi fin. Con ella hubiera conocido quién era el ofendido, y quién el ofensor; hubiera tenido presente que contra la vida obra la miseria, contra la verdad el engaño, y contra el camino la confusion, que así se llama Cristo, nuestra vida: «Yo soy la vida, la verdad y el camino.» Hubiera encaminado mis palabras á alabarle, y mis obras á provecho del prójimo, que es no menos que el mismo mio; y últimamente hubiera penetrado procedia contra el Criador la criatura, contra el Señor el esclavo, contra el que lo es todo el que no es nada; y en fin, contra Dios el hombre. Los recuerdos que me hace la memoria de mis delitos por las acusaciones de mi conciencia, me enflaquecen el corazon con el pesar, al paso que fertilizan la voluntad con el arrepentimiento. ¡Oh qué torpe, qué desbaratado y qué ciego ha sido mi vivir! No atendia que los júbilos mundanos son parecidos al aire en su poca sustancia; al fuego, en que cuando más deleita, es cuando más abrasa; al agua, en que ahoga; y á la tierra, en que sepulta. Si mis ofensas faltaran, no tuviera esta prision. Viví resuelto á pecar, y pequé en no haber abominado lo mismo con que pecaba. Caminé por tales pantanos, pero tan ciego de los ojos del alma, que caminando caia, y no acertaba á levantarme; á manera del elefante, que en dando el grande edificio de su cuerpo en tierra, no tiene aptitud para moverse. Era tanto el peso de mis culpas, que no podia levantarme con él; y en este mismo hecho le duplicaba por instantes, porque el que está con la culpa bien hallado, no puede verse desprendido della, y en el mismo quererla, acredita el caso de duplicarla. Muchas veces me gritó el cielo; es constante que sus voces las advertia el corazon, pero ¿de qué importaba, si las despreciaba la voluntad? Reconocías como de Dios, mas yo no podia dejar de ser pecador; consideraba mis culpas, y el dolor que debia tener de ellas lo convertia en gusto mi maldad; via claramente el camino de la vida, y con todo eso seguia pertinaz el de la muerte, pareciéndome que en las delicias que en este encontraba, aunque aparentes, podia respirar todas las libertades de aquella; ciego, en fin, en mis iniquidades, sordo en mis complacencias, insensible en mis diversiones, y bruto en mis incidencias, yacia sepultado entre los tiranos brazos del mortal letargo de los vicios, sin reconocer mi estado, registrando mi maldad; sin buscar el médico, advirtiendo mi dolencia.

Ya se ve: de poco sirve llamar al que no ha de oír; de poco sirve el pozo, si el agua le falta; y de poco sirve el castigo, si está rebelado todo el pueblo contra su rey. Llamábame el conocimiento de mi culpa, y lo mismo que esta producía, era lo mismo que negaba; era pozo seco para la virtud, por estar tan lleno del vicio; y por lo mismo me via fortaleza á quien la traidora guarnicion de mis apetitos regia, negando la obediencia á su Dios, Señor y Rey.

La amistad no tiene límites, ni su duracion término: en siendo verdadera, pasa su imperio de las murallas de la muerte; no observa leyes ni se ajusta á preceptos; todo lo abandona por lo que estima; aun el amor que tiene el hijo al padre se quebranta y se consume por el bien de un amigo. Con ser Jonatás tan fiel á Saul, su padre, tan respetador de sus mandatos y tan obediente á su gusto, en vez de obedecerlo en la ocasion que pudo dar muerte á David, no solo no lo hizo, sino que, avisándole de su inminente peligro, imposibilitó á Saul la ejecucion de sus furiosos deseos, que incesante y formidablemente conspiraban contra la inocente vida del Profeta-Rey. ¿Qué mucho, dice una elevada pluma, si eran las amenazas de Saul contra su hijo Jonatás, por ser contra su amigo David? Apoya este conceto san Jerónimo, diciendo: «La amistad verdadera se reduce á quererse tanto á sí un hombre como á su amigo, de manera que en dos amigos solo hay una alma, una voluntad y un sentimiento.» Luego conspirar Saul contra David, era haberse armado contra Jonatás, su hijo, que eran los dos sujetos que eligió la amistad para su más autorizado consuelo.

Segun estos dulces y santos vínculos con que los amigos se enlazan y se unen, vuesamerced es otro yo verdaderamente: luego mal pudiera ocultarle la verdad en todo asunto, cuando no es posible oculte el corazon á su amigo aquello mismo que sabe; antes bien descansa si es tristeza, ó se alegra más si es gusto, con comunicar á su amigo las noticias de todo cuanto por él pasa. En cuyo verdadero concepto, digo que nada hay en mí, amigo, de culpa en lo que suena, nada tengo de delito en los que me atribuyen; en todo estoy inocente, y en estas verdades mías se agitarán hasta lo inmenso las justas dudas de vuesamerced, admirando se me castigue con tanto rigor por lo que ni aun de pensamiento he cometido. Pero suspenda vuesamerced el curso de su duda, que es mayor la causa que aquí me ha puesto que aquella que no hice y se publica.

Mis pecados ocultos, mis reiteradas ofensas, mi continuo ofender á la Majestad divina, me han reducido al estado en que me veo; esta es la verdadera causa del castigo que experimento, este el certísimo motivo de la prision que sufro, y esta la razon que justifica ser de peor calidad estos delitos que los que me acumulan; en estos estoy inocente, en aquellos convicto. ¡Ojalá hubiese cometido los que me atribuyen, y no los que confieso! Seria sin duda mi castigo el mismo que ahora experimento, pero estaria más libre el alma de borrones; tendria estas prisiones, estas penalidades y estos tormentos corporales, mas el espíritu no estaria embarazado con el negro horroroso laberinto en donde tanta inponderable culpa lo ha enredado; tendria que llorar estas penas que padezco, pero no

que sentir tantos pecados que me agravan y aterran; seria esto mérito en el alto y tremendo tribunal de Dios; pero ¿qué serán en él mis delitos contra su Majestad divina, sino más ansia y aun condenacion eterna, de que me hace tan acreedor mi relajadísima vida, mis perniciosas costumbres, mis horribles obras, mis viles pensamientos y mis indignas palabras?

Hay mucha diferencia, querido amigo, de que un hombre (sea enhorabuena de alto carácter) se contemple de otro agraviado, á que por este mismo esté Dios ofendido. Esto siempre es pecado, y aquello puede no ser muchas veces culpa, sino efecto de la caridad. Algunos hombres quieren que los preceptos se sujeten á sus vidas, no sujetar sus vidas á los preceptos; aunque sus acciones los caractericen de pésimos, se ofenden si los llaman malos. Pues por cierto que, si la intencion del que así los nombra es la de corregirlos para que sus providencias injustas no aflijan tanto á aquellos sobre quienes tienen potestad, está tan léjos de ser culpa, que es virtud; dícelo así el mismo Dios: «El que con duro mando y con riguroso orgullo gobierna, será aborrecido del pueblo; y entre este habrá quien, inflamado de mi honor, lo apedree públicamente para derribar su soberbia en el abismo.»

Contra los ministros y privados crueles nunca faltó, ni quien declamase, ni monarca que los corrigiese. Gran privado del emperador Oton fué Lísidas, su ministro: enteramente le tenia entregado el gobierno del imperio; gemia el pueblo bajo su cruel dominio; al paso que Lísidas duplicaba contra él todo el fuego de su rigor. No faltó ánimo tan valiente y espíritu tan alentado, que no se atreviese á escribir contra sus públicos delitos, para que la noticia desto y de su imponderable tiranía llegase á noticia de Oton: declamó con desembarazo, con fervor y claridad en un escrito Aristarco. Llegó este por medio de sus parciales (que á la crueldad, á la insolencia nunca faltan apasionados) á manos de Lísidas, el que temblando de cólera, ciego de ira, desfigurado con la soberbia, y sin respirar con sosiego hasta tomar venganza, quiso que esta le satisficiera por su mano, respecto de que estaba en ella el dar ó quitar la vida al que quisiese. Empuñó la espada para matar á Aristarco, cuando reflexionando el lance, determinó dar parte del caso á el Emperador, á fin de justificarse más con él, y de discurrir castigo más inhumano á el que llamaba infame detractor. En fin, puso el escrito de Aristarco en manos del Emperador, pidiéndole rendida y hipócritamente vindicase su estimacion con el castigo de Aristarco. Leyó con cordura y gran despacio el papel, y despues respondió á Lísidas con gravedad: «Aristarco te acusa y declama contra tí, refiriendo tantos delitos tuyos, que me horroriza el leerlos. Aunque á mí no me nombra, me hace reo con el pueblo por haberte tolerado. En esta inteligencia, ó esto es ó no es cierto: si no lo es, experimentará Aristarco todo el castigo que le impondrá mi justicia, que será cruelísima; pero si lo es, el mismo se ejecutará en tu persona, procurando yo enmendar en él el descuido del personal gobierno de mi imperio, para ser en lo sucesivo buen padre de mis vasallos, si hasta aquí fuí para lo mismo mal emperador.» En efecto, mandó prender á Lísidas y á Aristarco, para ver y examinar quién tenia razon; y sabido esto por el pueblo, con repetidas lágrimas y compa-

sivas voces manifestó á Oton la verdad de Aristarco y la crueldad de Lísidas. Inmediatamente se le quitó á este la vida, y se premió á aquel; saludándole todos con el nombre de libertador de la patria. ¡Ay, amigo! si hubiera muchos Otones como este, no faltarian los públicos castigos de muchos Lísidas, porque habria algunos famosos ó animosos Aristarcos; como faltan los primeros, viven á su libertad los segundos, y ni aun á respirar se atreven los postreros. Crea vuesamerced que el que con rigor injusto gobierna, teme á los mismos que por él tiemblan, porque recae sobre su causa este temor. Por lo mismo dice Séneca: «El malo á todos persigue y á todos teme.» Y da la razon Catulo diciendo: «Porque el que no hizo bien á ninguno, ¿qué puede esperar sino mal de todos?»

Aun más que como á juez, se mira como á padre al que lo es bueno; pero del malo, todos son enemigos por serlo él de todos. El primer esmalte del que gobierna es la humanidad en el trato y en las providencias, porque esta poderosa virtud roba los corazones de todos. ¡Qué humano fué Cristo con Tomé en su resurreccion! Dejose tocar como hombre, para hacerse reconocer como Dios. No hay cosa más atractiva que la afebilidad en los ministros, y en todos; pero en aquellos con mucho más motivo. La aspereza y el rigor, despues de ser públicos sus delitos, ¿qué han de procrear sino horror, aversion y deseos de ruina?

En efecto, amigo mio, por lo relajado de mi vida me acusa hoy mi conciencia; esta reconoce lo mucho que á Dios he ofendido, al mismo tiempo que halla ninguna la causa que he dado para que se me castigue por lo que se me imputa: luego debo verdaderamente creer que su infinita misericordia quiere por este medio mi enmienda, respecto de que por esta parte me castiga; pues es constante que al que castiga lo mejora. Pruebas hay relevantísimas que así lo justifican. Por ser Manasés mal Rey, lo castigó tan severamente, que lo redujo á ser esclavo; pero supo serlo tan bien, y sacar de su merecido tormento tanto fruto, que volvió despues á ser buen rey. A Nabuco, de inhumano fiero lo hizo fiero, y de fiero lo hizo humano. Estos rodeos de la divina justicia solo son comprensibles á aquel infinito entendimiento de donde dimana, que aun á los buenos los aflige con males para que sean mejores. Bueno era Job, pero se purificó su paciencia con el crisol de sus trabajos. El mal que llegó á establecerse y radicarse en lo interior, no se cura con suaves medicamentos, sino con todo el rigor de los vomitivos y otros tan duros como angustiosos. Más quiere el padre al hijo cuando sus defectos castiga con rigor, que cuando los tolera con alabrarlos: con aquello quiere ponga en olvido lo malo, y con esto intenta que jamás ejercite lo bueno.

Esto mismo está conmigo pasando: mis culpas se repetian con la libertad; y Dios, que estima tanto la enmienda del pecador, dispuso este castigo para que con él y la memoria de mis excesos los conozca perfectamente, para que si vuelvo á tener libertad, no vuelva á amontonar pecados. Ninguno de los mortales es á todas horas cuerdo; y aunque es de todos el errar, solo es de los necios la perseverancia en el error cometido. No solo reconozco y confieso procede esta pena de haber ofendido á Dios, sino tambien que hoy me casti-

ga, para que mañana acierte. Así seguramente lo creo, porque como dimana de su santísima mano el premio para el bueno, de ella del mismo tenor se origina el castigo para el malo. No obsta lo impugnen los hombres, para que venga dirigido de Dios. Estos son modos y medios que toma su tremenda justicia para corregir á los delincuentes, merecedores de mayor rigor.

Irritado en extremo, como debía, Abisai, hermano de Joab, contra Semei, porque apedreaaba y maldecía á David, lo quiso severamente castigar; pero no lo permitió el Rey-Profeta, diciendo las palabras siguientes, dignas por cierto de que, aun más que en papel, se impriman en los corazones de todos: «Deja, Abisai, que me maldiga y apedree Semei, que aunque no le he dado causa para ello, lo merecen mis pecados; y cuando él lo hace, Dios se lo manda, que muchas veces se vale destos instrumentos para castigar nuestras culpas.»

Ea, amigo, ya tiene vuesa merced aquí patente que es peor la causa de mi castigo que la que me atribuyen; al que lo ha hecho, Dios se lo habrá inspirado, porque siempre viene el mayor golpe de mayor poder, y más estando Dios ofendido. Por esta razón influye para que se conspiren los hombres contra el malo; y lo que á primera vista parece producto del aborrecimiento destos, puede ser muchas veces enojo del altísimo, terminante á nuestro único provecho y beneficio: porque entonces conoce el hombre lo que es, cuando sus desdichas le ponen presente, no solo lo que ha sido, sino lo que puede ser; entonces se aplica con mayor cuidado la medicina, cuando le aflige más la enfermedad; entonces, en fin, hay más sed, cuando está más lejos el agua. De modo que puede decirse con verdad que cuando Dios dispone estos castigos al hombre por lo que no cometió, lo hace dichosísimo; porque esto no es más que adelantarle el castigo de su culpa, para que llorándola, entre otra vez en el camino de la gracia.

Sépalos vuesa merced, y sepa el mundo mi inocencia en lo que se dice; pero no ignoren al mismo tiempo mi maldad cuando la publico. Sepan todos no dí causa para lo que padezco en lo que me atribuyen; pero conozcan merezco esto y mucho más, por las imponderables culpas que he cometido: que son tantas, que ni las voces pueden referirlas, ni la pluma expresarlas, ni caben en el número, ni hay papel donde escribirlas; y tan grandes, que juntas todas las de los pecadores, no componen una parte de las mias. Y en fin, quiero que todos sepan que esta pública confesión mia no me causa rubor hacerla; pero sí todo el dolor y sentimiento que cabe en la humana posibilidad, el haber dado motivo para tener tanto peso sobre mi conciencia, y tanto tirano mortal yugo sobre mi alma.

Fulminóme la traición aquello que no cometí, y esto fué propiamente recaer un castigo disfrazado sobre otros ocultos pecados cometidos. Aseguró la malicia lo que no pensó mi inocencia, mas vino el golpe tan dirigido de Dios, como recibido del delincuente. En fin, se me atribuyó una falsedad, porque en mí ya había muchas ofensas: quien quiere tropezar, siempre encuentra adónde; y quien quiere hacer mal, poco le cuesta buscar el por qué. Si este viene de los hombres, la razón descubre luego la calumnia; mas viniendo de

Dios, antes que se justifique esta es fuerza purificarse. Está muy á los principios mi mal, y no menos mi dolor, para que aquel justísimo y terrible brazo levante su justiciera y tremenda espada; quiero decir, no es tan grande mi pesar de haber cometido tanta muchedumbre de culpas que pueda aplacar su justo enojo; porque no basta para obrar bien obrar presto, porque solo sirve para obrar presto obrar bien: el fuego que más presto se enciende es la pólvora, pero también es el que más presto se apaga. Después de la culpa se sigue el arrepentimiento, y sobre este recae el perdón; para cometer aquella, nunca faltó tiempo á nuestra humana miseria, pero para ejercitar este suele faltar ocasión á nuestra torpísima confianza. Tan infinitamente justiciero es Dios, como infinitamente misericordioso. Y siendo esto tan cierto, ¿que sea tal nuestra incorregible ignorancia, que confiamos tanto en su infinita misericordia, que perseverando en el pecado, remitimos para después la enmienda sin atender á su justicia? A lo menos, pues las confieso, ya conozco mis culpas; y en llegando el pecador á conocerlas, no está lejos de llorarlas: caer en el pantano, sirve de aviso para saber otra vez huirlo. Necio sería el piloto que habiendo experimentado el peligro del escollo, volviese á dirigir á él la nave. Si yo hubiera despertado antes del tirano sueño en que me tuvieron sepultado mis brutales apetitos, sin duda sería otro, aunque mis contrarios fueran los mismos. Gracias les doy porque me hayan reducido al estado presente, pues en él aprendo á vivir; siempre se consigue no viviendo mal, para vivir bien. Si es tormento esta prisión, sin ella era tempestad mi vida; y tan tremenda, que apenas me conducían las olas del mar tempestuoso del mundo á las orillas del conocimiento, me arrebatában las furiosas ondas del vicio al abismo de sus entrañas, en las que está propiamente figurada la culpa; y siempre quedaba sumergido en el engaño, sin facultades por dejarme llevar ciegamente de mis apetitos, y sin fuerzas para abrir los ojos á las luces de la razón y del escarmiento. Aquí solo hay cadenas que pueden servir de preciosas escalas para el cielo; pero allí solamente hallaban mis locos deseos (como inspirados de las brutas preocupaciones de la torpeza) transitorias complacencias, que eran pasos para el infierno. Solo el que ha sido instrumento para que yo experimente esta prisión tendrá en medio de sus opulencias más zozobras, más sentimientos y más penalidades. La mayor corona siempre remata en cruz. No hay en esta vida quien de la suya se escape. Aun las bendiciones de un padre no se dan sin cruz, y á más bendiciones más cruces. No porque, se mire más inmediata al sol, está menos distante la águila del fuego; antes bien puede conocerse que cuanto más empinada una torre, está más cerca de aquel mayor planeta, pero no más lejos del rayo; y que lo que se halla más vecino á la luz hace más sombra. Necio es quien se asegura tanto de sí mismo, que sin temer su caída, á todos se presenta airado; porque hasta llegar al puerto vive expuesto á una tormenta el bajel. En no sabiendo regir con prudencia los bienes cuando se alcanzan, son nuevos males, que como enemigos ofenden. Por esto aconseja Séneca que «nunca es más desdichado el hombre que cuando está elevado sobre la columna de

la dicha, y por su tiranía es aborrecido de todos; cuando sintieron su gobierno como azote, harán experimente sus sentimientos como castigo».

Porque le relucen al mochuelo los ojos, vuelan las aves á quitárselos como pueden, y porque se quiere adelantar á los otros árboles el almendro, parece que cohechados contra él se conjuran los tiempos. Este vidrio frágil de la fortuna (que parece en el concepto de algunos de bronce) se quiebra, ó á lo menos se empaña, con un aliento; porque pendiendo el vivir de solo alentar, si un aliento construye la organización de la vida, otro nos arrima á la gran máquina de la muerte. ¡Y que el hombre que mereció á su dicha aquella eminente que goza, no medite (por estar enteramente imbuido en ella) que si á veces el hacer bien á uno origina peligros, qué no podrá causar el hacer mal á tantos!

Hospedó Menelao á París; y dejándole encomendado á Elena su regalo en su ausencia, á poco tiempo della se halló sin honra y sin mujer: de que resultaron tantas tragedias á Grecia, y últimamente la destrucción de Troya, que habiendo sido productora de rayos, fué aniquilada con fuego.

El bien que hizo Hircano á Heródes, lo recompensó este con darle muerte á él y á sus hijos para alzarse con el reino. Por lo mismo nos aconseja el *Eclesiástico* no se haga bien á todos, porque en ello puede causarse uno mal á sí mismo. Las zorras, dice Plinio, no se fian de los hielos de los ríos de Tracia, sin haber primero parado la oreja, para escuchar si corre muy honda el agua, infiriendo de aquí la firmeza del hielo. Pues si al que obra bien, le son indispensables estas precauciones prudentes, para mantenerse seguro en el estado que tenga, ¿qué no deberá temer aquel de quien todos dicen no obra bien, por más favorecido que se halle, y por más que le patente monarca su prianza con el que lo es, y su despotismo, su ambición y su entereza con todos? Ya veo que la intención es madre de las acciones, y que siendo aquella mala, es imposible sean estas buenas: luego mal puede obrar nunca bien quien siempre tiene dispuesta su intención para hacer mal. No dijo mucho Eurípides cuando afirmó que según era el pastor, tal era el cordero. Pero Cristo, nuestro bien, dice que un árbol malo no puede producir buen fruto. Lo mismo significó Séneca cuando dijo: «Cual es el dueño de la ciudad, tales son los que la habitan.» En siendo la inclinación cruel, no pueden ser las operaciones piadosas. Y en fin, digo con Catulo, que «tal es grey cual es el Rey».

Basta, amigo; que cuando se precipita la lengua, no hay remedio como morderla para atajarla. El fuego de la ira solo se consume con el agua de la paciencia; cuando el espíritu se irrita, remediarlo con el contrario extremo; en llegándose á agitar el ánimo con el conocimiento de la razón, poca le asistirá si se aparta del conocimiento. Aun para quejarse quiere Dios que el hombre no llegue á enfurecerse. No está lejos de ser enemigo de su prójimo en las obras quien, por más motivos que tenga, lo es en las palabras. Rara vez he soltado alguna contra el que empecé en esta á declamar; y esto fué, no ciego de la cólera, sino con el cabal conocimiento de ser con vuesa merced con quien hablo, porque si con mi amigo no me desahogo, ¿con quién lo he de hacer?

Para concluir, diré solo que en esta prisión se reduce mi vida á lo que prometo decir á vuesa merced en otra; pidiéndole solo en esta, no que disimule lo dilatado della, si acaso le molesta (que esto lo ejecuto á instancias suyas, con harto trabajo mio), sino que no sienta lo que padezco, pues no es suficiente pena para mis legítimos delitos. Que no se acongoje porque dure mi prisión, pues así no me faltará tiempo para salir mejorado, porque más se mortifica el cuerpo con golpes continuados, aunque pequeños, que con uno solo, aunque muy fuerte. Y últimamente, que no se apesadumbre aunque nada se logre, reconociendo que esto será solamente lo que me convenga; porque, más que los hombres piensen de otro modo, á nadie da Dios más que lo que merece. La lástima es si no saben usar de ello como deben, convirtiendo el precioso lenitivo en horroroso cáustico, porque entonces lo que sería descanso, vendría á ser tormento.

Con que vuesa merced dirija á Dios sus ruegos para que, como hasta aquí me ha dado tolerancia, en lo sucesivo me preste paciencia, y hará vuesa merced cuanto puede por mí. No le pido no me olvide, porque esto es imposible en la amistad verdadera. Quedo empleando la mia en pedir á la divina Majestad libre á vuesa merced de pecar, para que no tenga que padecer; porque ejecutando aquello, en este y en el otro mundo es preciso se experimente esto. Y pues nuestro fin está en Dios, procuremos con toda voluntad servirlo, para merecer por toda una eternidad gozarlo.

Este Señor guarde á vuesa merced los felices años que le desea su fiel amigo—*Quevedo*.

CARTA CXI.

Carta moral é instructiva de don Francisco de Quevedo Villegas, escrita desde San Marcos de Leon á su amigo Adán de la Parra, pintándole por horas su prisión, y la vida que en ella hacia. (a)

Amigo y dueño: Como es cierto que ningún enfermo llama al médico para que le hable, sino para que le cure, tiene el alto juicio de vuesa merced tan presente esta doctrina (por ser el médico en quien espera algún alivio la enfermedad de mi prisión), que hace días guarda tan discreto silencio, que ni me ha contestado á una bien larga que le dirigí, esperando sin duda á ejecutarlo cuando, hablando poco, me pueda curar mucho.

Efecto es este de su verdadera amistad y de su elevado talento, porque es calidad conocida de relevantes ingenios buscar en las voces la verdad, y no en la verdad las voces, como Agustino lo enseña. No quiere vuesa merced verter el precioso raudal de sus voces con promesas, sino con verdades; no con esperanza, sino con posesión; porque, así como esta es el complemento del deseo, así también suele ser aquella el verdugo de los confiados.

Con esta verdadera comprensión, no me altera, aunque lo sienta, el carecer tanto tiempo hace de las de vuesa merced, porque sé no es otra la causa que la

(a) Igual concepto de inédita que la anterior podía merecer la presente, coleccionada á la pág. 65 del tomo I del *Semanario de Valladares*, por los tajos y reveses que el editor dió en ella. Imprimola sujetándome á un traslado del último siglo, que debo al señor duque de Rivas.